

tar económico. Claro está que semejantes historias suelen referirse siempre al buen tiempo de los abuelos, al tiempo que ya pasó hace muchos años.

Parece ser que en la actualidad el que se encuentra un tesoro—si es que aún hay afortunados mortales que los hallan—lo ceta cuidadosamente y nadie conoce de la suerte sino por los efectos. La codicia ve en la divulgación un peligro para el poseedor y éste reduce a lingotes las joyas o cambia en lejanas tierras las doradas onzas—¡siempre se dice que son onzas!—sin prisas y con sigilo.

La imaginación, sin embargo, trabaja. Cada uno de los vecinos fisga, observa y procura localizar los sitios por donde anduvo el dichoso: si se le vió días antes del cambio de fortuna rondar las cercanías de una fuente, nō hay duda de que al poco tiempo será la *Fuente del Tesoro*. El valle, el monte, el arroyo, el quinto o la hoja, llevarán en adelante esa misteriosa denominación tan atractiva y sugerente.

Pero la fantasía popular no para ahí, sino que sigue trabajando y vuelca en seguridades verbales los escarceos intranquilos de la mente: así nace la leyenda del tesoro. Se pierde poco a poco el recuerdo del hecho material pero subsiste la denominación topográfica, que irá originando nuevas versiones según la mayor o menor retentiva de los trasmisores. En la fuente, en el valle o en el monte, *no había* sino que *hay* un tesoro. Y para la ingenua interrogante de por qué no se saca, surge una contestación: porque *no se puede* sacar. Algo lo impide, algo lo prohíbe. Pero en vez de contentarse con la más fácil de las salidas (la ignorancia del sitio exacto) la imaginación, giradora sempiterna, sigue engendrando leyendas: quien lo prohíbe lo hace de modo sobrenatural. Se trata de un ser humano, un animal, un ente fabuloso, los cuales obedecerán al conjuro mágico pronunciado un día por alguien.

Estas cuatro circunstancias, conjuro, encanto, fecha y persona, no faltan en casi ninguna de las leyendas de tesoros